

era habitual; dejad que cumpla con el mío.» Salió, y bajo el frío glacial de aquellas regiones, pasó revista á un regimiento que marchaba á Crimea. A su regreso, sus facciones alteradas presagiaban un mal grave y quizá un peligro próximo. Pocos días después, un correo anunció el fracaso de un ataque intentado por los rusos sobre Eupatoria. Esta nueva desgracia acabó de quebrantar el alma del enfermo. El 28 de febrero el peligro era inminente. El 1.º de marzo empezó la parálisis del pulmón y se perdió toda esperanza. Al sentir próximo su fin, el zar no quiso engañar á su pueblo ni en-

El 1.º de marzo se supo en Europa la grave enfermedad del zar; á la mañana siguiente se tuvo conocimiento de su estado desesperado, y, por la noche, varios despachos llegados por la vía de Berlín anunciaron á París y Londres la muerte del monarca.

Las masas no atribuían á la guerra otra causa que la orgullosa obstinación del emperador Nicolás; habiendo desaparecido el instigador de la lucha, se creyó que el conflicto se solucionaría por sí solo. El 3 de marzo, en



Nicolás I en su lecho de muerte

gañarse á sí mismo: envió á Moscou, á Kiew, á Varsovia, un despacho que contenía estas simples palabras: «El emperador se muere.» Llamó á sus principales consejeros, al conde Orlof, al conde Adelsberg, al príncipe Dolgorouki, les hizo el encargo de su despedida y les recomendó á su sucesor. Acordándose de su cuñado el rey de Prusia, dijo varias veces: «Que Federico Guillermo continúe adicto á Rusia.» Su pensamiento volaba siempre á Sebastopol, y encargaba que en su nombre diesen las gracias á los generales, á su guardia y á su ejército. «Yo quería dejarte un imperio bien ordenado y disfrutando de la paz, dijo á su hijo: la Providencia ha decidido otra cosa... Ya no me queda más que rogar por todos, por la Rusia.» La emperatriz le recitó el *Padrenuestro*, y al llegar á este versículo: «Hágase tu voluntad.—¡Siempre!, contestó él, ¡siempre!» Casi fueron sus últimas palabras. No se oyeron ya más que algunas sílabas entrecortadas. «¡Oh!, ¡mi hermoso Peterhof!,» murmuró aún el emperador, como si su pensamiento, ya envuelto en tinieblas, se hubiese transportado á aquella suntuosa residencia de sus años tranquilos y felices. Poco después expiró. Era el viernes, 2 de marzo, á mediodía.

la Bolsa de París, un alza de cerca de cinco enteros sobre los fondos públicos probó cuán grande era la esperanza de la paz.

En el mundo político las opiniones fueron menos optimistas. Alejandro II, el nuevo emperador, parecía menos inflexible que su padre, y en varias ocasiones había manifestado, según se decía, sus deseos de una honrosa transacción. Pero, cualesquiera que fuesen sus disposiciones personales, ni el respeto filial ni el orgullo de sus pueblos le permitían repudiar de buenas á primeras la herencia paterna. Drouyn de l'Huys no dejó de prevenir á sus agentes contra la excesiva confianza, y los hechos justificaron sus temores. En los manifestos que anunciaron el nuevo reinado, el espíritu de conciliación y el espíritu de altivez estaban graduados con una ponderación tan estudiada que las esperanzas pacíficas ó belicosas se hallaban igualmente satisfechas. Los más experimentados juzgaron desde luego que la guerra continuaría á pesar del cambio de soberano, y esto en virtud de una fuerza de impulsión imposible de refrenar en seguida.

Bajo tales auspicios la Conferencia de Viena, tantas veces retrasada y eludida, celebró en 15 de marzo su

primera sesión. Hemos dicho ya que el gobierno ruso, en 7 de enero, adhirió de un modo general á los cuatro principios proclamados por los gabinetes de Viena, París y Londres. El debate abrióse, pues, sobre la aplicación de estos principios. Los dos primeros puntos, relativos uno al *protectorado de las provincias moldo-valacas* y otro á la *libre navegación del Danubio*, fueron arreglados sin grave disenso. El 26 de marzo se abordó el tercer punto. Este encerraba un principio y una consecuencia: el principio, aceptado por todo el mundo, era que el Imperio otomano había de ser independiente: la consecuencia, difícil de hacer aceptar por el representante del emperador moscovita, era que, para asegurar dicha independencia, los armamentos rusos del mar Negro habían de ser suprimidos ó disminuídos al menos.

Aquí empezaron las dificultades. Después de haber desplegado mucho arte en velarlas, no hubo más remedio que ir al fondo de las cosas. El Sr. de Buol invitó al príncipe Gortchakof á exponer sus miras «sobre el mejor medio de llegar á una justa ponderación de las fuerzas navales en el mar Negro.» Puesto en el caso de tener que consumir él mismo su sacrificio, el enviado ruso se esquivó diciendo que nada tenía que proponer. Bourqueney, representante de Francia, declinó á su vez toda iniciativa, y otro tanto hizo el plenipotenciario inglés. El turco declaró modestamente que se adheriría á las decisiones de París y Londres tan pronto como las conociera. Después de debatirse la cuestión, se acordó que el príncipe Gortchakof pidiese instrucciones á San Petersburgo y que, mientras tanto, se descansaría. Eran quince días de respiro, quince días durante los cuales los soldados de Austria permanecerían descansando sobre las armas en Transilvania. Rusia no quería otra cosa. Tal fué la sesión del 26 de marzo.

Francia é Inglaterra estaban muy interesadas en esta tercera garantía. Cada uno de los cuatro puntos no preocupaba en grado igual á las potencias aliadas. Austria deseaba apartar á Rusia de los Principados y asegurar la libre navegación del Danubio: arreglados estos dos asuntos, se verán los ardores decrecientes de su celo belicoso. Los turcos querían abolir todo protectorado moscovita sobre los cristianos griegos. Destruir la preponderancia rusa en el mar Negro era la idea dominante en París y en Londres (1). La negociación pareció tan importante que Drouyn de l'Huys resolvió tomar personalmente la defensa de los intereses de su país. Lord John Russell, secretario de Estado de las colonias en el gabinete de lord Palmerston, había sido agregado al embajador ordinario de la Gran Bretaña, lord Westmoreland, y se encontraba desde el 4 de marzo en la capital de Austria. Anunciábase además la próxima llegada del ministro de Negocios extranjeros turco. Por el rango de los personajes acreditados, la conferencia se transformaba en un verdadero congreso, y la cuestión relativa al régimen del mar Negro dominaba al extremo de hacer olvidar á las demás.

Antes de marchar á Viena, Drouyn de l'Huys creyó

(1) Véase el despacho de 20 de enero dirigido por Drouyn de l'Huys al Sr. de Bourqueney (*Les Quatre ministères de M. Drouyn de l'Huys*, por M. Bernard d'Harcourt, pág. 102.)—Véase Instrucciones de lord Clarendon á lord Russell (*Eastern Papers*, parte XVI, págs. 1 y 3.)

conveniente ir á Londres, donde llegó el 29 de marzo. El día siguiente celebróse un gran consejo al cual asistían lord Palmerston, primer lord de la Tesorería, lord Clarendon, jefe del *Foreign Office*, lord Panmure, ministro de la Guerra, Walewski, embajador de Francia, y el anciano lord Lansdowne. Después de una larga deliberación, se adoptó el siguiente plan: Se invitaría al Austria á proponer á Rusia la *neutralización del mar Negro*, es decir, la supresión de todo aparato militar así en este mar propiamente dicho como en el mar de Azof. Por penoso que fuese el sacrificio, no se creía que el honor moscovita impidiese aceptarlo. Había ejemplos de estipulaciones parecidas; recientemente, el zar había obligado al gobierno de Teherán á hacer desaparecer su pabellón de guerra de las aguas del mar Caspio. Sin embargo, se quería prever el caso en que Austria considerase aquellas exigencias demasiado duras; en esta hipótesis, se procedería á una combinación subsidiaria que consistiría en pedir á Rusia, por mediación de Austria, no la supresión si no la *limitación de sus fuerzas en el Euxino*. Se insistiría sobre todo para que el gabinete de Viena tomase por su cuenta esta proposición, la transformase en *ultimátum* y se declarase dispuesto á la guerra si no era acogida.

Bien determinado este plan, nada retenía ya en Londres al Sr. Drouyn de l'Huys. El 6 de abril estaba éste en Viena. Encontró á los miembros de la conferencia muy exaltados de palabra, pero inactivos, como de costumbre. El príncipe Gortchakof esperaba aún sus instrucciones. Era la época de las fiestas de Pascua y no convenía que rusos ortodoxos emplearan tan santos días en profanas ocupaciones. La diplomacia vacaba, pues, pero sus vacaciones eran algo agitadas y febriles. Todo el mundo, incluso el enviado moscovita, reclamaba una solución.

A su llegada Drouyn de l'Huys conferenció con el jefe del gabinete austriaco. Este primer encuentro le dejó poco satisfecho. Sin vacilación alguna, el Sr. de Buol rechazó la idea de *neutralizar el mar Negro*: Rusia no la aceptaría y era superfluo proponérsela. En cuanto al *sistema de la limitación*, el ministro vienés estaba dispuesto á sostenerlo. Pero ¿lo sostendría hasta la guerra? Aquí su lenguaje era premioso; daba esperanzas, pero no seguridades, y se aplicaba sobre todo á guardar su libertad. En las entrevistas siguientes, el señor de Buol dejó entrever algo más sus miras, pero sin descubrir las del todo. Su política era un compuesto de benevolencia, de timidez y sobre todo de egoísmo. El gobierno austriaco había obtenido satisfacción por lo que tocaba á los dos primeros puntos: esperaba que el cuarto se arreglaría también amistosamente: en tales condiciones, ¿había que empeñarse en la lucha por solo el punto tercero?

Lo que no podía obtener del ministro, Drouyn de l'Huys trató de obtenerlo del soberano. El emperador Francisco José recibió al negociador con benevolencia, pero también con una gravedad pensativa. Diferentes veces ponderó los beneficios de la paz como para marcar sus preferencias. Con respetuosa franqueza, el plenipotenciario francés insistió sobre la indivisibilidad de las estipulaciones convenidas entre los tres gobiernos: hacer triunfar las unas y despreñar luego las otras, sería aniquilar el convenio del 2 de diciembre. Para su-

vizar su osadía, Drouyn de l'Huys celebró las ventajas de una inteligencia íntima entre Francia y Austria. «El gran problema, dijo, está en dominar á la Revolución sin el auxilio de Rusia y en contener á Rusia sin el auxilio de la Revolución: con el acuerdo de ambos pueblos, la solución está encontrada... Lo que me ha traído á Viena no es tanto el deseo de hacer la paz con el zar como el de consolidar y fecundizar la alianza con Austria.» El joven emperador no contestó, ya porque la insinuación le cogiese desprevenido, ya porque la alianza que se le ofrecía le pareciese precaria ó engañosa. Quizá le tenía disgustado el tratado reciente de las potencias occidentales con el Piamonte. Volviendo al objeto preciso de su misión, Drouyn de l'Huys quiso medir de nuevo la buena voluntad austriaca y propuso un convenio militar eventual. «Esperemos que haya concluído la negociación,» contestó el monarca. Era evidente que Austria consentía en hacer presión sobre Rusia, pero que su concurso pasaría difícilmente de aquí (1).

En esto llegó, el 16 de abril, un correo de San Petersburgo á la embajada rusa. Eran, sin duda, las instrucciones esperadas. El 17, fué convocada la conferencia. La reunión era verdaderamente solemne, y la presencia de tantos personajes eminentes, parecía presagiar una deliberación importante. Invitóse al príncipe Gortchakof á que expusiera las intenciones de su gobierno. El príncipe tomó entonces la palabra, declaró con la mayor tranquilidad del mundo que, en efecto, había recibido un mensaje de su corte, pero que estas instrucciones le prescribían que no emitiese ningún parecer, que no formulase ningún proyecto y que dejase la iniciativa á los plenipotenciarios de las potencias aliadas. A pesar de las conveniencias diplomáticas, estallaron algunos murmullos. «¡No valía la pena de esperar ocho días!» exclamó Drouyn de l'Huys. El príncipe Gortchakof, siempre cortés, se excusó como pudo: alegó las distancias, deploró los retrasos y se declaró deseoso de acabar; después de lo cual añadió, no sin razón, que no le tocaba á su soberano marcar la medida de sus sacrificios. «Sin duda, interrumpió lord John Russell; pero si quisimos que las proposiciones viniesen de San Petersburgo fué por deferencia á Rusia: pensamos que ella podía juzgar mejor que nadie las concesiones que no lastimarían su honor.—Una gran potencia no consiente en limitar sus fuerzas, sino después de grandes reveses, y no nos encontramos en este caso,» replicó Gortchakof.

Todo presagiaba un fracaso. Sin embargo, los plenipotenciarios franceses y británicos no renunciaron á exponer el plan concertado en Londres. En 19 de abril propusieron un sistema de limitación que reducía á cuatro navíos, cuatro fragatas y un número proporcionado de buques ligeros las fuerzas respectivas de Rusia y Turquía en el mar Negro. Drouyn de l'Huys y lord John Russell apelaron á todos los argumentos posibles para convencer al enviado ruso. Este los escuchaba distraídamente, como si pensara en otra cosa. Después volvióse hacia el ministro austriaco y le dijo: «En caso de que Rusia se niegue á aceptar toda limitación de sus fuerzas en el mar Negro, ¿el gabinete de Viena apelaría á las armas?» El conde Buol escurrió el bulto

(1) Informes del Sr. Drouyn de l'Huys al emperador Napoleón III (*Les quatre ministères*, págs. 125 y siguientes).

diciendo: «Austria apoya el proyecto en discusión; por lo demás, mi señor el emperador se reserva su libertad.»

Creíase en una negativa inmediata; pero, contra lo que todo el mundo esperaba, el príncipe Gortchakof pidió cuarenta y ocho horas para reflexionar. Transcurrido este plazo, asistió de nuevo á la conferencia para rechazar decididamente todo *sistema de limitación*. Pero su espíritu, fecundo en recursos, le había sugerido una contraproposición, que consistía en abolir el tratado de 1841 y abrir el Bósforo á los pabellones de todas las marinas; es decir, el *mare apertum*. Como esta combinación causó mucha sorpresa y encontró poca aprobación, el príncipe retiró su plan sin amor propio de autor, y substituyéndolo por un proyecto enteramente contrario, propuso proclamar el cierre de los estrechos, salva la facultad, para el sultán, de abrirlos cuando se considerase amenazado; es decir, el *mare clausum*. *Mare apertum* ó *mare clausum*, poco le importaba al príncipe con tal de ganar tiempo y de que Austria permaneciese encadenada. La maniobra era demasiado visible para engañar á nadie, y, sin tratar el cuarto punto, los representantes de las potencias occidentales declararon agotadas sus instrucciones.

Oficialmente, la negociación había concluído por un aborto. Pero si no se consultasen más que las actas de las conferencias, no se tendría sino una idea incompleta de las gestiones practicadas. Entre sesiones, el conde Buol había reunido en su casa, en conciliábulos íntimos, á sus colegas de Francia é Inglaterra, y como preveían las obstinadas resistencias de Rusia, habían elaborado á puerta cerrada una especie de sistema medio, sutil, complicado, apenas inteligible, de tal modo habían borrado los tintes á fuerza de querer combinarlos. Los más optimistas se aferraron al plan como á una postrera esperanza de llegar á la paz ó de decidir al menos el concurso tan diferido de Austria. Falta referir este último y oscuro epílogo de las Conferencias de Viena. Pero antes importa decir cuáles eran las ideas que entonces dominaban en París y en Londres, y qué clase de preocupaciones se mezclaban con las inquietudes de las negociaciones diplomáticas.

V

Un gran proyecto absorbía entonces á Napoleón III, haciéndole olvidar todo lo demás. Hemos explicado sus dudas acerca de la dirección del sitio de Sebastopol, sus impacencias y sus temores de que las órdenes de los jefes careciesen de vigor y de unidad. No tardó en persuadirse de que su presencia en el teatro de la guerra era lo único que podía dar esta unidad al mando é imprimir á las operaciones una marcha decisiva. Afirmándose en esta idea, había confiado, en una carta del 26 de febrero, sus proyectos á lord Palmerston. Un supremo esfuerzo, decía, y tan sólo un supremo esfuerzo podría terminar la empresa; en cuanto á él, estaba resuelto á ir á Crimea y á doblar el número de sus tropas, con la sola condición de que Inglaterra se encargase de los transportes.

La confidencia era demasiado grave para que el secreto no se trasluciese un poco. Entre los consejeros de la reina la impresión fué viva. La presencia de Napoleón III en Crimea disminuiría el papel ya demasiado